

TONY BÁEZ MILÁN

w r i t e r • f i l m m a k e r

Veneno

por

Tony Báez Milán

Como entraran aquellos dos, había problemas. Raúl los vio desde la cocina y salió a ver qué querían.

El pequeño restaurante estaba vacío. Acababa de llegar, temprano, para tratar de arreglar la estufa que se había roto de nuevo, y se le había olvidado cerrar la puerta con seguro.

“Díganme, caballeros, ¿qué desean?” Raúl los miró fijamente, dos hombres muy bien vestidos, engabanados, uno de azul y el otro en marrón, con los zapatos embetunados, relucientes. Aunque hacía calor afuera, agosto en Los Ángeles, los dos hombres parecían no sudar una sola gota. Sonreían como lo hacían siempre, con una sonrisa practicada, ensayada. Eran muy amables con él. Amables y alerta.

Estos dos duermen como lirones todas las noches, y yo jodío sin dormir, pensó Raúl.

"Buenas", le dijo uno, el del traje marrón, con su sonrisa perenne. "¿Usted es Raúl, verdad?"

Raúl se tomó su tiempo. "Sí".

El hombre del traje azul miró al del traje marrón, guiñándole el ojo. El del traje marrón siguió:

"¿Es usted el propietario de este lugar?"

Raúl dijo que sí, sabiendo que ellos ya lo sabían.

"¿Qué es lo que desean, caballeros?"

Ellos se miraron otra vez. "Pues", dijo el del gabán marrón, "hemos venido a proponerle un negocio".

A Raúl le sorprendió el responder tan rápido, tan temerariamente:

"No me interesa".

"No, espérese. No diga que no sin saber cuál es el negocio".

"No me interesa saberlo".

Los hombres se miraron, sonrientes. El del gabán marrón le dijo algo al otro en inglés, en un susurro. Raúl observó la cara del hombre del traje azul cambiar de sonriente a seria, como haciendo una mueca. También cambió de postura y dio un paso adelante, lo que causó que Raúl diera un paso atrás. Este hombre era bastante más alto que el otro, y corpulento; hablaba sólo en inglés, con una voz barítona y lenta.

"Why don't you listen to what the man has to say, Mr. Fuentes?"

El poco inglés que sabía Raúl le bastó para entender lo que le había dicho aquel hombre, que sabía su apellido. Ya habían investigado.

"Easy there, big guy," le dijo el del traje marrón a su compañero. *"He'll listen. ¿Verdad, señor Fuentes?"*

"Yes, sí. Diga, caballero". Se había dicho que trataría a cualquiera que entrara a su restaurante de dama o de caballero, pero la palabra ahora se le hacía difícil de pronunciar. Estaba en su restaurante, por el que había sacrificado bastantes cosas, y no se merecía que lo vinieran a intimidar.

El hombre más alto retrocedió. El otro se aproximó, recostándose en el counter. *"Como le dije, Raúl, venimos a proponerle un negocio".*

El del traje azul asentía, con su sonrisa nuevamente en los labios. Raúl pensó en el hecho de que aquel hombre lo viniera a amenazar sin siquiera hablarle en su idioma. Le miró la cara blanquizca, el pelo rubio, los ojos azules, y lo odió al instante. Al otro, que le hablaba en castellano, de facciones parecidas a las suyas, de piel trigueña, más joven y mucho más amable que su compañero, lo odiaba más todavía.

“Venimos a ofrecerle cincuenta mil dólares”. El mafioso hispano dirigió la mirada momentáneamente al piso, donde Raúl vio un portafolio negro.

“Mi negocio no está en venta”.

“No, si no queremos comprarle el negocio ni nada por el estilo”.

Raúl pensó en la suma; se le hizo difícil imaginarse que estuviera dentro de aquel portafolio.

Cincuenta mil dólares. Con cincuenta mil dólares se compran muchas cosas. Con cincuenta mil dólares se endereza un restaurante. Con cincuenta mil dólares...

Pensó en decirles que se marcharan, que él era un hombre honesto, pero en vez preguntó: “¿Cuál es el negocio?”

“Fácil”, le dijo el mafioso, y como si estuviera hablando del estado del tiempo, explicó: “Todo lo que tiene que hacer es dejar que nosotros le pongamos veneno a la comida de Fernando Sinsí”.

“¿El activista?” preguntó Raúl, sorprendido de que aquél fuera el negocio, de que estuviera relacionado con ese hombre, quien ordenaba comida de allí todos los viernes, y que era un hombre... mal hablado, muy poco cortés... que nunca daba las gracias, que nunca decía que la comida había estado buena.

“Sí, el mismo”.

“¿Y por qué?” preguntó Raúl, curioso de verdad.

“Eso es algo que a usted no le tiene que interesar”.

“Pero...”

“Cincuenta mil dólares. Hoy es viernes. Él ordenará comida. Se la prepara, nosotros le echamos el veneno, se la entrega a quien la venga a recoger, y ya. Cincuenta mil dólares”.

Raúl se quedó callado. Cincuenta mil dólares enderezaban un restaurante. Sería otro sacrificio más. Pero, ¿el alma?

Raúl pensó en la cifra, se la imaginó escrita en papel. \$50,000.

“Mucho *money*”, le dijo el mafioso rubio. “Dinerou”.

A Raúl le molestó que lo hubiera dicho así, como mofándose de él.

Le iba a decir que no.

Pero, ¿y si estaban armados?

“Raúl, díganos ahora, que el tiempo apremia”.

¿Y si lo mataban allí mismo por decir que no?

“Cincuenta mil dólares, Raúl”.

¿Y si lo encontraba abaleado y muerto, tirado en el suelo, su esposa, o su hija, o su madre? No podía permitir que pasara eso. No podía soportar el que alguien de su familia lo encontrara desangrado en el piso.

Cincuenta mil dólares. \$50,000. Enderezaban un restaurante que andaba de mal en peor.

Raúl quería decir que no.

El mafioso rubio tocó a su compañero en el hombro y asintió, como dándole permiso para hacer algo.

El mafioso hispano le dijo a Raúl:

“En el auto tenemos otros cincuenta mil”.

“¿Cómo es?”

“Tan pronto le echemos el veneno y se lleven la comida, son suyos. Cien mil dólares en efectivo. Y despreocúpese, que es dinero que no está buscando nadie. Si lo gasta poco a poco, no tendrá ningún problema. De la comida nadie sospechará, mucho menos de usted. Ya nos hemos encargado de eso. No parecerá envenenado”.

Raúl suspiró, pensando en su esposa, en su hija, en su madre, en su negocio, en las armas ocultas de los dos hombres, en los cien mil dólares.

“Bien”, les dijo simplemente. “Lo haré”.

Por la tarde, efectivamente, Fernando Sinsí, el activista, llamó a ordenar comida para llevar. Los dos mafiosos se habían ido por unas horas pero habían regresado. Habían comido allí, esperando la llamada.

Raúl preparó la orden. El arroz blanco, los frijoles, los maduros fritos, la carne guisada. Dejó los envases

abiertos y el mafioso rubio entró a la cocina mientras el otro miraba hacia afuera.

Raúl miró hacia la cocina y vio al hombre echarle algo a los frijoles y menearlos; hizo lo mismo con el arroz y con la carne.

El mafioso llamó a Raúl para que lo pusiera todo en la bolsa. Se fueron, a sentarse en el carro a esperar.

Al poco rato llegó el enviado de Fernando Sinsí. Desde su carro, los mafiosos lo vieron entrar y lo vieron salir con la bolsa. El mafioso trigueño entró con el otro portafolio y lo puso en el counter.

"Gracias", le dijo a Raúl.

"No, gracias a ustedes".

Los mafiosos se le fueron detrás al enviado, para asegurarse de que llegara a su destino.

Desde el restaurante, vacío, Raúl los observó. Vio que las palmas, altísimas, que a él siempre le pareció que se daban sólo en Los Ángeles, se mecían con el caluroso viento. La calle, ocupadísima como siempre. Los automóviles tocándose bocina. La gente caminando apurada, o corriendo para que no los dejara el autobús. El maldito smog. La majadería del graffiti. Pronto todo quedaría atrás.

Raúl había pensado en la familia de aquel hombre, en que alguno de los suyos lo encontrara tirado en el piso.

Había cambiado la bolsa de la comida. Adentro, puso una nota anónima:

Señor Fernando Sinsí: Tenga suma precaución. Hay dos mafiosos tratando de matarlo. Querían envenenarle esta comida. Uno de ellos es trigueño, mediano de estatura, habla español. El otro es alto, rubio, de ojos azules, y es gringo.

Raúl miró la calle por última vez y vio a su restaurante vacío, camino a la decrepitud. Recogió los dos portafolios y se fue por la puerta trasera, a recoger a su familia, a irse para siempre. Hacía bastante tiempo que quería largarse de vuelta a su país.